



SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

*Camila Varas Brash:
Stella Díaz Varín y
el Cuerpo como Denuncia*

Stella Díaz Varín viajó a Santiago para estudiar Medicina. Aunque ese experimento no duró mucho, al reparar cada uno de sus poemas late en ellos la anatomía.

Esa fase es una vertiente que a mí me hace mucho sentido porque, en el fondo, para ella el cuerpo es una casa, un hogar que es habitado por esta carne femenina, por múltiples voces y que, no obstante, no impide que la casa se vea vacía o vaciada. Como símil, uno puede tomar toda la experiencia de su propio cuerpo, que ha sido vaciado y que también, en algún momento, fue muy explotado; desde esa perspectiva, la lectura que se puede hacer de ella refleja mucho porque el cuerpo es un territorio, el más cercano que tenemos. La escritura que ella realiza en torno a esta temática es un impulso fortísimo para el trabajo que yo tengo, lo marca mucho. Me parece un tratamiento sutil, pero a la vez muy crudo, pues muestra el cuerpo como algo que ha sido mutilado, que ha sido trabajado, que en su caso la hizo una figura vista superficialmente, donde todos la conocen por poseer un cuerpo estruendoso, repleto de colores y, sin embargo, poco se preocupan de lo que está ahí dentro.

En su época, el trabajo de Stella Díaz Varín, aparece inscrito -para ojo de la academia- como parte de la Generación del '50, pero en general, los miembros de esa pléyade están tratando de seguir los pasos que daba Nicanor Parra. En medio de esa moda, la obra de la poeta aparece anclándose en una tradición más cercana a Huidobro, Neruda, De Rokha y otros grandes vanguardistas. Clava la bandera, más que en la dimensión artificiosa de la palabra, en su dimensión mítica, por un lado, y, por otro, en ese arraigo del territorio que acompaña inmediatamente al cuerpo y que podríamos llamar la casa, en oposición a ciudad, poblado, etc.

La voz de Stella es estudiada en la Generación del '50; sin embargo, se sabe de lo contestataria que ella era y, sobre todo, a este tipo de moda parriana recién emergente. Ella intenta volver hacia lo fósil -como es llamado en algunos estudios- no en el sentido de algo inerte, sino en el de algo sacro que nos vuelve a ciertas raíces, a lo esencial, tal vez a algo mítico. Esta autora y su obra no intentan inscribirse en modas, sino que tiene muy clara cuál es su línea y se mantiene firme en ella, dejando de lado toda esta especie de fama o grupos en la que, de alguna u otra manera, participó, como es La Mandrágora. Sin embargo, cuando comienza a darse cuenta del giro escritural de sus compañeros, toma lejanía y su voz se vierte sobre ellos criticándolos duramente, tratándolos de traicioneros y mencionando que algunos de ellos se habían quedado ciegos y habían olvidado parte esencial de la historia. Una voz así, en esos años, no le gusta a nadie, pero ella se hace cargo de esto y lo vive hasta el final, lo escribe y reescribe, lo denuncia incluso con su cuerpo y genera una poesía que es de la resistencia, de la resistencia que no quiere desmembrarse del surrealismo, de la escritura como una forma de trascendencia. Creo que lo que la poeta intenta es instalarse y no desvincularse de los problemas más existenciales del ser humano. Por lo mismo, su escritura tiene mucho del hermetismo -lo que es uno de los miedos al entrar en su obra pues es muy cerrada y cargada, por momentos-, muy lejos de otras voces de entrada más sencilla. Por este lado, creo que ella de manera muy consciente y orgullosa de su complejidad decide no abrirla, sino que, de alguna manera, utiliza esto para seleccionar con sus escritos a quienes van acercándose, es decir, los lectores la escogen a ella y ella escoge, a través de su lenguaje, el público que va a tener.

En esta sociedad tan necrófila, en que la idea del indígena y del habitante del pueblo originario es tomada como pieza de museo; en que los afectos aparecen pretendiéndose atrapar en instituciones, Stella Díaz Varín reacciona comparando el matrimonio con un ritual fúnebre y, a la inversa, retoma la figura de los pueblos originarios de cualquier parte del mundo, pero para darle un sentido de actualidad, no simplemente de añoranza.

Para empezar, creo que es necesario mencionar que Stella es muy difícil de encasillar. En este sentido, la casa o este tipo de instituciones siempre va a significar un encierro, tal vez aceptado, pero desde cierta añoranza de lo que está más afuera, desde una melancolía que se inscribe como algo que se puede ver, pero no llevar a

Alerce

En Simpson 7



cabo. Esto lo refleja en varios de sus poemas, como por ejemplo, en *Cuando la recién desposada* y en *La Casa*, donde menciona que cuelgan su cabellera como un trofeo; es decir, la mujer y su cuerpo sigue siendo un triunfo para aquel que logra abarcarla en alguna institución; no obstante, se resigna a vivirlo, también, pues en aquella época es el lugar que la mujer tiene en la sociedad. En paralelo a esto, está la asimilación de volver a la tierra indígena donde la mujer tiene un lugar más libre o sacro, que no es sólo la mujer como compañera del hombre, sino que posee una libertad de cuerpo, una libertad de voz y se hace cargo de una desnudez física más grande. Creo que Díaz Varín añora esa desnudez y la libertad de poder revelarse y rebelarse dentro de un círculo machista; por lo mismo, en ocasiones mostró su pecho a hombres y luego los golpeó por la reacción que tuvieron. Creo que intenta evidenciar cómo debería ser la imagen pura del cuerpo sin que los demás se escandalicen por ello, es decir, está constantemente volviendo a eso que denominan fósil, en el sentido de lejano -y contrario- a este ruido de ciudad.

En la época en que los chilenos comenzaron a celebrar sus pequeños triunfos sociales en Plaza Italia, y dado que Stella era bailarina, encabezaba esas grandes fiestas, giraba como trompo en la ciudad y exhibía su cuerpo utilizándolo como un modo de decir, como una especie de palabra más perfecta que la palabra. En eso que encandilaba, sorprendía o escandalizaba al mundo, también estaba el hecho, poco acostumbrado para nuestra cultura, de que una mujer asumía un rol de liderazgo en todas las dimensiones: artística, social, política, mostrando no solamente una reivindicación en el texto de su poema, sino en su propia vida.

Stella es una voz y una mente que no puede ser contenida y, por ende, no va a respetar lugares que están asignados a ciertos hombres. Ella tenía mucho que decir y necesitaba hacerlo, era su forma de vida y, por lo mismo, no se iba a empequeñecer ante cualquier compañero que tuviese al lado. Es una voz capaz de pararse afuera de un lugar que había sido cultural en Santiago y que, luego, transformaron en un centro comercial, situarse a gritar en la calle: "esto era el Bosco, miren lo que han hecho con este lugar, lo han convertido en esta cosa horrible que ustedes ven". Evidentemente, este carácter hizo que ella fuese muy reconocida dentro del círculo, pero también que provocara ciertos resquemores. ¿Cómo alguien que es mujer se atreve a igualar ciertas posiciones? Era admirada, pero a la vez odiada y esto lo demuestran algunas figuras masculinas que estuvieron a su lado pero luego se alejaron, pues vieron en ella esta voz que era delirante y muchas veces peligrosa, porque no escatimaba contra quién se lanzaba. Simplemente, decía la verdad, lo que ella sentía; su verdad.

También denunció el machismo de las mujeres y se peleó con muchas mujeres que no aceptaban su modo de ser. Pero una de las cosas que también llama la atención es que, a diferencia de la mayor parte de los poetas conocidos por la gente y quizá en un rasgo un

*Una publicación periódica de la
Sociedad de Escritores
de Chile (SECH).*

*Nueva Época, Año 2, N° 17,
Noviembre de 2015*

tanto comparable al de Jorge Teillier, la poesía adolescente de Stella, la poesía salida del pupitre, ya tiene la madurez, incluso musical, tal como vamos a ver hasta sus últimas obras. ¿Cómo recorres tú esos versos desde la primera parte de su vida hasta los últimos?

Stella, principalmente, era una observadora muy sensible, como describe su amiga Claudia Donoso: "era un ser tan delicado que sólo podía responder con brutalidad a la brutalidad del mundo". Esa sensibilidad y pureza en los primeros libros que publica, muy joven, tiene matices y figuras muy claras, que ponen a la mujer en el lugar de la naturaleza, como parte de un árbol o parte del mar, y desembocan en poemas exquisitos de leer. Sin embargo, luego pasan treinta años en los que ella no publica prácticamente nada -y una evidentemente se pregunta qué pasó ahí- y luego regresa con otros títulos que rematan en un genio poético inigualable en Chile, para mí gusto. Yo leo sus versos como algo atemporal, no creo que tenga que ver con la madurez etaria que ella tenía, sino que es una poesía de voz casi cósmica que se desliga del tiempo, se desliga de lo que nos apresura y mide para terminar siendo una voz que surge desde lo esencial y, por ende, es perfecta de principio a fin. Creo que la poesía de Stella -si bien al principio era mucho más cargada que la última, pasando por un período de letras con claro compromiso social- es un regreso a los temas que son fecundados en un tiempo que no medimos con nuestro tiempo; creo que es una voz tan fuerte, tan impactante y que tenía una claridad interna maravillosa, por lo que es capaz de escribir de manera única de principio a fin, porque está en su sangre, está inscrito en su propia madera.

Esa inscripción de la palabra en su propia madera también deja huella en ese mundo social sobre el que ella escribió. Es muy típico encontrar autores que se pronuncian sobre el mundo social en el papel, pero fuera de él no lo hacen. En momentos muy distintos de la historia de Chile, como el de "La Ley Maldita", el año '48, y luego la dictadura militar en 1973, Stella Díaz Varín no sólo escribe sobre eso sino que deja de lado el papel y levanta la voz en público, convirtiéndose en una hacedora y líder de la oposición a esos procesos represivos. Es el poeta haciendo lo que tiene que hacer. ¿Cómo te llega a ti, poeta también, miembro de una generación muy posterior, ese legado de su vida, de su relación con la realidad?

Me llega de una forma muy clara. Poetas de escritorio hay de sobra, es como una enfermedad, casi. Sin embargo, urgen aquellos poetas que se comprometen, aquellas voces que salen y gritan. Me llega como una responsabilidad. Una no puede desatenderse de la realidad que la rodea, no puede dormirse y quedarse quieta en el aplauso y las alabanzas del resto. Es necesario, muchas veces sacrificar -y digo sacrificar porque tiene costos importantes- una vida de premios y reconocimientos por una vida que es totalmente coherente, lúcida y admirable. Stella es una mujer que vive, se compromete y hace, es de las que se tatúa una calavera en un brazo para representar que hay que matar a un presidente de Chile (Gabriel González Videla), es una mujer que sale a la calle y es atropellada, torturada y casi muerta en el período militar y, sin embargo, continúa manifestándose en las épocas más represivas. Eso es vivir al borde, vivir la poesía. Por esto mismo, han surgido discusiones sobre su poesía respecto de una lectura biográfica -arista que a mí me queda un tanto superflua por sí sola, la verdad-, pero que no deja de ser verdad, lo dice Enrique Lihn en el prólogo de uno de sus libros: "la poesía de Stella tiene que ser leída conectándola a algunos episodios de su vida", porque ella formó ciertas personalidades que son parte de su escritura y con las cuales salía a actuar en su vida. Yo no creo que Díaz Varín haya sido una madre que se encierra en su casa -como lo es una parte de ella-; tampoco creo que sea el personaje de pelo largo, rojo, que salía de juerga en las noches -como es otra de sus dimensiones-. Creo que, en verdad, son polaridades tan distintas que ninguna la podría representar. Creo en una Stella que reúne todo este entorno en un cuerpo y trata de sacar todas esas voces que tenía dentro. Respecto de nuestra generación, pienso que tiene el deber de hacerse cargo de voces que han sido apagadas durante mucho tiempo, tiene que rescatarlas, darlas a luz y, a la vez, ser denunciadora con las cosas que están pasando. Estamos en un proceso social como país en el cual hay mucho que cambiar y hacer, y es necesario darse cuenta de que el arte es una gran forma de hacer. Por eso hay que sacarlo de los pequeños encuentros selectivos y hacerlo parte de una manifestación de resistencia.

(Extracto de la entrevista concedida por Camila Varas Brash al programa radial Barco de Papel).

POÉTICA

¿QUÉ ES LO CIERTO?

¿Qué es lo cierto?

La voz es un temor que devora.

La voz existe sin signos, sin fuego, como un desfiladero natural en el seno del abismo.

En los días y en las noches, las horas nos engranan como un mecanismo enigmático, como si lo inefable resplandeciese y un escudo cubriera de estupor nuestro viaje.

Descubro que hay un mundo lleno de aguas aparentes que yo miro desde lejos, porque no sé romper el hilo confuso.

Miro desde lejos porque hay mucha vida reposada, muchas caras que denuncian las sordas campanas

Y ya no puedo soñar, porque creo:

Ni puedo esperar, porque levanto un sello, sólo uno y cuento mis días ordenados en el arca.

Mis ojos son una marea animada por la turbación;

Mis ojos asidos a un calor que va quemando sus memorias

Desandando todos los duelos para quedar en extraña permanencia.

Pero grito, ardo, cubro de lágrimas mi desnudez sombría;

Y no hay mano que toque mi cabello ni quién conozca el país en que desbordo mis cantos,

Ni pie que tiemble al contacto de la tierra.

Era el tiempo en que todas las puertas permanecían selladas

Y se podía ir y venir por el aire sin que un estertor nos transfigurara en carne macerada:

Con una alegría rebosante y un sueño fijo o presentido, yo huía sin saberlo;

Huía de un aceite que seguía mi rastro como diestro perro nocturno, contaminando el vacío,

Y seguido a su vez por fieras avezadas en el mal.

Mi quimera entraba y salía del tiempo, estaba en su lugar natural,

Se nutría de hechos comunes, de años prohibidos, de sales duras, sordas.

Y mi alegría se consumía adentro del reloj detenido en un breve espacio negro que enseña la perseverancia.

En adelante, me dije, yo mismo seré el círculo y el árbol,

Yo mismo entraré en el silencioso nombre de las cosas.

¡Yo mismo! He aquí que hallo un cuerpo lacerado, que sólo sabe temblar,

Un cuerpo polvoriento que cuelga de la sombra, fiel a su unidad con la piedra de su origen.

¿Qué toca mi mano cuando tu mano toca el límite?

Ciego estoy, y nada me calma.

Oigo que un mar que me ama crece y crece, y será él quien arrebaté mi última tabla, sin saberlo.

Ciego estoy, y quiero ver la destrucción;

Quiero ver como se mezclan las semillas de estos hombres que pasan sin rozarme.

Quiero ver la palidez de mis muertos, sus sienes sin horas, sus caras fugitivas, permanentes, tristes,

Hacinadas en el corazón como una ruina que arde para siempre.

Vivo de un labrado antaño, de un detenido azar, de lo que he dejado olvidado en los rincones.

Vivo debajo de las torres que mi memoria alza, conducido por signos nefastos.

Gozo de un perfecto aire que hace castos mis dedos; pero delante de mí se despeña la casa.

Hay una sima en que la resurrección debe tener su ventana, la llama su prodigio y la muerte su manto perdido.

Gustavo Ossorio



Director: David Hévia
Ilustración: Vasili Kandinski
Corrección de prueba: Tania Sáez Guerrero
La invitación está extendida a todos quienes
quieran participar como responsables de
Alerce en Simpson 7,
planteando ideas, comunicando noticias y
enviando textos al correo electrónico
alerce@sech.cl
Página web: www.sech.cl
Encuétranos en Facebook y Twitter

NARRATIVA

UN DÍA COMO CUALQUIERA

La vida dura dos días y ya vivimos uno y medio...

(Del refranero popular)

Más, de tus ansias quiero más, de tus besos quiero más, pero mucho, mucho más... Últimamente se había sorprendido varias veces tarareando las líneas de la canción en silencio, sin separar los labios, apenas con un murmullo apagado como si tan sólo la cantara para sí mismo en los secretos laberintos de su mente. Movié la cabeza, jugado... estoy jugado murmuró, y durante un segundo vio las fichas sobre el tapiz verde. Sin embargo, no está muerto quien pelea, agregó a media voz, como hablando con alguien inexistente, y se incorporó en la cama. Amanecía y afuera reinaba la obscuridad. Estiró la mano para encender el televisor, y lo estremeció un escalofrío. Helaba. Debería abrigarse, se pondría el chaleco de lana gruesa que le tejiera la Chechi cuando todavía daba vueltas por la casa, luego iría hasta la cocina a prepararse un cafecito y volvería a la cama a mirar las noticias.

Le dolía la espalda, sentía el cuerpo ajeno, como si ya no le perteneciera. Cecilia, la mayor de sus hijas, quedó de pasar a media mañana a traerle los remedios que el médico le recetara la tarde anterior, pensó, mientras ponía la tetera al fuego, luego buscó una taza, sacó del estante el tarro de café y el azucarero y los dispuso sobre la mesa; le diría a Cecilia que pensaba viajar a la costa un par de días, a caminar a orillas del mar. Esperó a que hirviera el agua contemplando a través de los visillos el patio interior. La claridad de la aurora empezaba a teñir el cielo, amparadas bajo el alero del techo vecino contó cinco o seis palomas. AVECILLAS pícaras, pensó, muchas veces las había visto trezadas a picotazos por un mendrugo, pero igualmente les tiraba algo de comer. En verano las pillinas se introducían por la ventana abierta a picotear las migas de pan que les dejaba al descuido sobre la mesa, le regocijaba verlas tan audaces y bandidas, por eso las alimentaba aunque alguien alguna vez las hubiera pintado blancas como símbolos de la paz ¿cuál paz? si desde que tenía memoria todo se reducía a conflictos y guerras, por eso prefería cantar *se equivocó la paloma, se equivocaba...*

El pito de la tetera lo trajo de vuelta a la realidad, se sirvió un café y regresó con la taza humeante a la cama, donde se dispuso a mirar el noticioso; en la diminuta pantalla se sucedían imágenes de judíos y palestinos combatiendo en torno a la Basílica de la Natividad en Belén. Siempre lo mismo; crecidas de ríos, narcotráfico, ballenas varadas, tenis, desfiles de modas, se adormeció y

se vio caminando por una calle desconocida con enormes árboles y casas con jardines; estaba muchísimo más joven, el sol brillaba en lo alto y un par de chicuelos jugaban a las bolitas. No recordaba haber estado antes allí; era una calle apacible, alejada del ruido, con una hilera de casitas variopintas. Se detuvo en una esquina a contemplar los portales bañados por las sombras, la línea quebradiza de las montañas a lo lejos y creyó ver que, desde detrás de una ventana, una delgada mano blanca le hacía señales... Esbozó una sonrisa y al instante abrió los ojos sobresaltado. ¿Qué estaba haciendo? Miró el reloj despertador, faltaba poco para las diez, la hora se pasaba volando. Se vistió y fue hasta la puerta de calle a mirar si ya venía Cecilia con sus medicinas. Unas cuantas nubes en el cielo, un sol tibio, la calle se asemejaba a la del sueño pero no era igual. Las plantas en el jardín parecían mustias, debería podarlas y plantar los nuevos almácigos. En eso vio a Cecilia abrir la reja de la calle y caminar en su dirección, era igualita, el cabello castaño, el modo de mirar y la forma de moverse. Le recordaba a la Chechi por la época en que se conocieron en la Plaza Bogotá, qué sería de todo aquello, el boliche de la esquina donde en los días de lluvia se metían a comer una soberbia sopa de mariscos, la sala semivacia del pequeño biógrafo donde besó por primera vez su tierna boca temblorosa y en la penumbra proyectaban..., qué película era, *Angustia de un querer*, parece, con William Holden y Jennifer Jones y los antiguos bancos de madera donde se sentaban a conversar a la hora del crepúsculo. ¿A dónde habría ido a dar todo aquello? ¿Existiría todavía en alguna parte? Hola papá, dijo Cecilia, besándolo en la mejilla. Venía apurada, nada más a dejarle los remedios, tenía que irse al tiritó a una reunión super importante, pasaría a verlo más tarde, cuando saliera del trabajo, y no te olvides de tomarlos, aquí te dejo las instrucciones, primero dos de las amarillas para la presión y luego una de las coloradas para los dolores, chaíto... La vio irse y observó el cielo, habían anunciado cubierto con chubascos débiles para la tarde, hummm, se tomaría los remedios y luego iría a comprar el periódico y algo para almorzar; tenía deseos de comerse una empanada y un trozo de carne con papas acompañado de un vaso de buen vino tinto. Le fastidiaba tomar las pastillas pero lo hacían sentirse mejor, las apuró de un trago y luego se puso la chaqueta y salió.

Caminó sin apuro por la calle tranquila. Un par de puertas más allá la señora Sofia lo despidió, cómo está, vecino, y para dónde se me va tan temprano... Con una sonrisa apenas asomada le respondió muy buenos días, doña, usted siempre tan buenamoza y para cuándo me acepta la invitación... Ella, con una carcajada, replicó de nuevo con lo mismo, cuidadito, don, mire que si Pancho lo escucha capacito que se enoja. Se entretuvo conversando con el quiosquero sobre las posibilidades del candidato apolítico en las elecciones del municipio, luego atravesó la calle y en el boliche de la acera opuesta compró medio kilo de carne, unas papas, pan y una botella de vino. Y cuando la chica de la caja le entregó el vuelto, él se inclinó elegantemente unos centímetros y le susurró al oído muchas gracias, señorita, usted es mi gran amor y mi única pasión. Una vez en la casa mientras condimentaba la carne en la cocina, con ajo y unos granos de pimienta, como le gustaba comerla, sintonizó una radioemisora que pasaba música del recuerdo y escuchó un programa de tangos donde el Zorzal Criollo cantaba, *Cuando la suerte que es grela, fallando y fallando te largue parao...* Descorchó la botella y se sirvió una copa. El vino tenía cuerpo, sabía bien y dejaba un gusto agradable en el paladar. Mientras almorzaba pensó que debería subirse al entrecho a revisar las tejas y las canaletas, si llovía podía haber filtraciones y era mejor estar prevenido. Más tarde se sintió fatigado y fue a tenderse en la cama a descansar leyendo el periódico. Como de costumbre, se entretuvo con la sección cultural, donde anunciaban que este año no le darían ningún premio a nadie; recorrió la cartelera de cines y se encontraba leyendo la página de deportes cuando se quedó dormido sosteniendo el periódico sobre el pecho. Volvió a soñar con la calle apacible de grandes árboles y con la delgada mano blanca que le hacía señales desde detrás de una ventana. Cuando Cecilia pasó a verlo al caer la tarde lo encontró inmóvil en la cama, con una expresión apacible en el rostro.

Jorge Calvo

Integran el Directorio de la Sech
Victor Sáez (presidente), Carmen
Berenguer, Roberto Rivera, Guillermo
Martínez, Horacio Eloy, Marina
Latorre, Edmundo Herrera, Ximena
Troncoso, Juan Pablo Sutherland,
Alfredo Lavergne y David Hévia. Sede
central: Almirante Simpson 7,
Providencia. Teléfono: (2) 2634 78 34.
Email: contacto@sech.cl